

Viajeros en Barcelona*

Para Sabela, Iago, Enrique y Luis

I. Angel Ganivet

Angel Ganivet fue un espíritu inaudito, contradictorio, arbitrario y desconcertante» según la semblanza que Valentí Camp traza del escritor granadino en *Ideólogos, teorizantes y videntes* (1922), título que define de modo ejemplar la personalidad del escritor que, cual doble de Larra y adelantado del 98, se arrojó a las heladas aguas del Dwina el 29 de noviembre de 1898, cuando se aprestaba a cumplir los 34 años. Ganivet sufría una intensa depresión paranoide, seguramente acentuada desde su llegada a Riga tres meses antes, por las sospechas de infidelidad de su perenne amante Amelia Roldán, quien llegaba a la capital de Letonia, procedente de París y acompañada de su hijo Angel Tristán, el mismo día del suicidio del escritor, a fin de pedirle la reconciliación. Este factor ocasional no debe ocultar la razón más profunda de su suicidio: la incompatibilidad entre sus individualistas y antidemocráticas aspiraciones espirituales — «Ganivet llevaba dentro un reaccionario», escribió su gran amigo Unamuno— y el materialismo positivista del contexto europeo, en el que veía subsumirse, derrotados, los ideales españoles que había analizado en el breviarío *Idearium español* (1897), lacónica y encendida síntesis de su pensamiento. O paralelamente: consciente de la inmortalidad y de la vida del espíritu, la aceptación voluntaria de la muerte es una prueba de heroísmo, de la ansiada meta de la *iluminación* frente a la decadencia y el desarraigo. Escritor ágil, lírico y brillante —que malhumoró a Manuel Azaña en los años 20 y fascinó a Pedro Laín Entralgo en la inmediata posguerra—, Ganivet, lector conspicuo de Renan, Taine, Carlyle, Zola, Barrès, Maeterlinck y Galdós, fue en su corta andadura vital un pertinaz viajero de que-rencias solitarias y ensimismadas, salvadas por la apasionante correspondencia a sus familiares (en especial a su madre) y a unos cuantos amigos

* La presente es la primera entrega de una serie titulada «Viajeros en Barcelona», en la que se pretende recoger con laconismo y fluidez, pero con el mayor esmero erudito, las impresiones que diversos escritores españoles e hispanoamericanos de los siglos XIX y XX ofrecieron en su obra (periódística, memorialística, epistolar o creativa) tras una estancia viajera en Barcelona. Se evita el aparato de notas y se da una mínima bibliografía de referencia final de cada una de las entregas.

verdaderos, Navarro Ledesma, Unamuno y el grupo granadino de la «Cofradía del Avellano», principalmente a Nicolás María López, el *Antón del Sauce* de su obra maestra, *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid* (1898), donde, siguiendo la huella autobiográfica de la novela, promete «nuevos y utilísimos, a la par que famosos trabajos» del Pío Cid —*alter ego* del autor— en Barcelona.

En la primavera del 92 Ganivet ganaba con el número uno unas oposiciones al cuerpo consular. De inmediato es nombrado vicecónsul en Amberes, donde permanecerá hasta febrero de 1895. Su época madrileña de estudiante y opositor se cerraba, al mismo tiempo que se abría su vida viajera, que en su caso no es sinónimo de mundanidad sino de estudio y de frecuentes excursiones a otros lugares europeos (Bruselas, París, Berlín). La estancia en Amberes combina el comienzo del deterioro de su relación con Amelia —iniciada el mismo año de sus oposiciones— y la lectura frenética en francés, inglés y alemán de multitud de obras literarias y filosóficas. El día de Navidad del 95 es ascendido a cónsul y destinado a Helsingfors, adonde llega en febrero del 96. En Finlandia, la vida de Ganivet es más sociable y el trabajo literario, incesante: *Granada la bella*, *Cartas finlandesas*, *Los trabajos*, *Hombres del Norte* y el drama *El escultor de su alma*. Esta explosión creadora supone que, durante su visita a Granada y Cataluña en el verano del 97, los intelectuales de su tierra le acojan como hijo ilustre y los círculos literarios y artísticos del *Modernisme* le honren con su amistad y le soliciten como colaborador del activo grupo de *La Vanguardia*, que produjo algún fragmento y publicó apasionadas y contradictorias reseñas del *Idearium español*, recién salido de las prensas de una pequeña editorial granadina. La estancia en Helsingfors termina al carecer el consulado de la suficiente actividad y ser trasladado a Riga, tomando posesión el 10 de agosto del 98. Para entonces había viajado también por Alemania y Rusia.

La pluma epistolar, ensayística y narrativa de Ganivet se detiene frecuentemente en la *écriture* de la ciudad. Con una sensibilidad prenoventa-yochesca, situada a mitad de camino entre el naturalismo y el idealismo psicologista, y nutrida —en amarga contradicción— de voluntarismo nietzscheano y de la abulia de Schopenhauer, ya sea con su mirada o la de su doble novelesco, Pío Cid, Ganivet plasma la belleza de Granada, se acerca al mundo de sus andanzas madrileñas o anota sus varias e interesantísimas impresiones de las ciudades europeas: Amberes es, a su llegada, «grande y algo triste. Todo el movimiento está en el puerto»; Bruselas se le ofrece como «una ciudad del corte de Madrid, en cuanto a animación, la vida es más divertida y espiritual que aquí en Amberes»; desde Berlín (27-I-96), ciudad que dice conocer *comme une poche*, escribe a su

amigo Navarro Ledesma: «Te escribo después de comer en el café-hotel Baner viendo a la gente desfilar o marchar por la *Unter den Linden*. He contado más de 100 uniformes diferentes y estoy deseando perder de vista esta potente organización. Además me obsesiona el busto del *Kaiser* que está como Dios en todas partes»; Königsberg le parece una ciudad «sucia, silenciosa y que casi vive al natural con sus canales y sus cuadras en el centro»; de San Petersburgo recuerda el paseo en trineo por la ciudad y la visita al museo de pintura «que es soberbio». El epistolario ganivetiano está sembrado de las luces y las sombras de las ciudades europeas *fin-de-siècle*: es la ciudad la matriz inspiradora del texto.

Barcelona aflora en su correspondencia en dos de las tres ocasiones en que Ganivet viajó a la capital catalana: del 29 de junio al 4 de julio de 1892 camino de Amberes, y del 14 de agosto a mediados de septiembre de 1897, cuanto termina su veraneo en Sitges antes de viajar a París en ruta hacia Helsingfors. Estuvo también en diciembre del 95: breve parada, para dejar a Amelia y el niño, en tránsito entre Amberes y Granada.

Las notas de su primer viaje dejan traslucir el deslumbramiento del hasta entonces nonato escritor provinciano. Se instala en la calle del Bruch 107, 2º, y de inmediato recorre —deambulador incansable— gran parte de la ciudad, cuya primera impresión transmite a su madre: «Por lo que he visto de Barcelona, puedo ya tomar juicio y desde luego esto es muy bueno. Más movimiento que en Madrid, más limpieza, mejores paseos y tiendas muy bien puestas». La brillante, activa y lujosa vida mundana barcelonesa no le pasa inadvertida: «en materia de cafés y teatros está esto mejor que Madrid, no sólo por lo que abundan, sino porque tienen el aspecto más lujoso». En su cotejo con la vida madrileña, Ganivet únicamente pone reparos al trato de los barceloneses «porque con los que he hablado particularmente no me han hecho tilín».

En esta primera estancia son las tiendas, los teatros y cafés lo que deslumbra a Ganivet que, al permanecer pocos días, no puede pulsar el empuje de la burguesía y la efervescencia artística e intelectual de la ciudad. La intuye, y sus impresiones se completan con notas sobre la visita a los alrededores próximos —San Gervasio, Sarriá— o más lejos —Vallvidrera, Vallirana— y sobre sus paseos por el puerto, a la par que nos informan de lo acogedor de los restaurantes con comedores amplios y servicios de *mesa redonda*, y de las chocolaterías más renombradas. «No creo que haya en España nada que se le pueda comparar», concluye.

La segunda estancia de la que Ganivet dejó testimonio es más larga. Llega acompañado de sus hermanas, Amelia y su hijo. Se trasladan de inmediato a Sitges, acomodándose en la casa número 4 de la calle Mayor. Pronto, no obstante, sus acompañantes regresan a Barcelona y Ganivet se

queda a vivir unos días en un Sitges que arde en fiestas y en el que va a intimar con Rusiñol, Casas, Utrillo, Enrique Morera y Modesto Sánchez Ortiz. Son los amigos del *Cau Ferrat*, a través de los que tendrá entera noticia del *modernisme*. Entusiasmado ante los sacerdotes y el santuario, escribe numerosas cartas a sus amigos granadinos de la «Cofradía del Avellano» y un artículo para *El Defensor de Granada* (12-IX-1897). Todos los testimonios están preñados de una fervorosa alegría: «Sitges presta su cuerpo gracioso, su playa luminosa, su airoso paseo de palmeras, sus calles blancas como la espuma del mar; pero el espíritu viene de fuera y anida en el *Cau Ferrat*», escribe en el artículo, mientras en carta a Nicolás M. López define a Rusiñol como un espiritualista y un místico.

De estos días catalanes de aprendizaje interior, Ganivet extranjero una doble lección regeneracionista. La primera nace de su convicción de que fuera de Cataluña y Vizcaya, el atraso y la pobreza de España es total, lo que implica —a su juicio— que más que emular los contenidos catalanes hay que aprender el esfuerzo: «lo que hay en Cataluña en punto a cultura lo podemos tener nosotros con facilidad, y con la ventaja de lo que lo nuestro es también español puro», le escribe a Nicolás M. López desde Riga (1-X-98). La segunda insiste en sus recelos ante el regionalismo separatista, lo que le lleva a afirmar en la segunda carta pública dirigida a Unamuno y recogida en *El porvenir de España* (1898): «He estado tres veces en Cataluña, y después de alegrarme la prosperidad de que goza, me ha disgustado la ingratitud con que juzga a España la juventud intelectual nacida en este período de renacimiento; a algunos les he oído negar a España».

El aprendizaje ganivetiano de Cataluña no pudo consolidarse. Su paradójica concepción de España —«yo soy regionalista del único modo que se debe serlo en nuestro país, esto es, sin aceptar las regiones»— era cardinal en su pensamiento, «preso —Azaña *dixit*— de sugerencias emocionantes, pero deleznable».

II. José María Llanas Aguilaniedo

José María Llanas Aguilaniedo nació en Fonz, a mitad de camino entre Barbastro y Monzón, en 1875. Hijo del farmacéutico de la villa oscense, cuando contaba apenas dieciséis años —en octubre de 1891— viaja a Barcelona para estudiar la carrera de Farmacia. Llanas encontrará en Barcelona, en la que vivirá, salvo las temporadas de vacaciones, hasta junio de 1895, cauce para su espíritu independiente y posibilidad, no sólo de los estudios universitarios sino de colaborar en el *Boletín Farmacéutico* que editaba la «Sociedad Farmacéutica Española», y de entrar en contacto con

el *Modernisme*, de quien tanto depende su formación. Concluidos sus estudios de Farmacia, y tras una corta residencia en Lleida, será destinado a la Farmacia Militar de Sevilla. Durante los cerca de dos años pasados en la capital andaluza —con esporádicas estancias en Granada y Cádiz— publicará abundantes artículos y relatos en *El Porvenir*, *La Andalucía* y *El Correo de Andalucía*, en los que resulta patente la influencia barcelonesa. Algunas de estas pinceladas recordando el mundo del *Modernisme* pasaron a integrar su obra más relevante, *Alma Contemporánea* (con portada muy *Arts and Crafts*, Huesca, 1899), verdadero tratado de estética modernista, en el que se ahorman el regeneracionismo y el *emotivismo*, una doctrina estética que, proveniente de la fusión de reminiscencias de Schopenhauer, Wagner, Renan, Tolstoi, Huysmans, Ibsen y D'Annunzio, articula sus novelas, *Del jardín del amor* (1902) y *Pityusa* (1907), a la par que se convierte en el programa a desarrollar en sus ensayos y artículos.

Llanas, que ya en sus años de universitario barcelonés había trabado relación con algunos institucionistas —el malogrado Soler i Miquel, entre otros— descubre sus afinidades intelectuales con Francisco Giner de los Ríos, Joaquín Costa y Rafael Salillas, cuando se instala en Madrid a partir de 1898. Su peculiar regeneracionismo, nacido de la convicción de que el Modernismo es un estado de sensibilidad que debe reformar la realidad mediante la ciencia y el arte, le llevó a estudiar la antropología criminal, la higiene (sus trabajos sobre el alcoholismo) y el hampa elemental y primitiva de Madrid, en el estudio, junto a Bernaldo de Quirós, *La mala vida de Madrid* (1901).

Alma Contemporánea, el fruto más logrado de este intelectual solitario y aristocrático, impenitentemente vestido de gris y adornado con la simbólica orquídea en el ojal, fue recibido con entusiasmo por la crítica contemporánea. Clarín —tan reticente con algunos modernistas— juzgaba, en su reseña de *Los Lunes de El Imparcial* (8-V-1899), a Llanas como «un escritor original, fuerte, sereno, de mucha intuición, psicólogo verdadero, pensador sutil». Rubén Darío, que enviaba las crónicas, luego recogidas en *España Contemporánea*, a *La Nación* de Buenos Aires, le retrata en la correspondiente al 28 de noviembre de 1899 como «uno de los escasos espíritus que en la nueva generación española toman el estudio y la meditación con la seriedad debida». Joan Maragall, en sus habituales columnas del *Diario de Barcelona* (19-VII-1899), le agradecía la deferencia hacia la literatura catalana, sentenciando: «*Alma Contemporánea* parece ser obra de un joven que ha leído mucho, ha pensado bastante y ha sentido muy bien las ideas ajenas y propias». Además, la confianza que depositaron en el libro Giner, Alfredo Calderón y José Verdes Montenegro facilitó el que Llanas remitiese un ejemplar a su admirado Unamuno, aprovechando la

ocasión (29-IV-1899) para «expresar a Vd. mis sentimientos de admiración hacia su constante y profunda labor literaria» y «quedar a sus órdenes». El estudio de la estética le había permitido el ingreso en la órbita de la literatura modernista y noventayochista: sus colaboraciones en *La Lectura*, *Electra* y *Juventud* no tardarían en confirmarlo.

La formación y el gusto que muchos admiraron en las páginas de *Alma Contemporánea* se había forjado en los años barceloneses. La Universidad de Barcelona supuso para Llanas el conocimiento de maestros como Pedro Basagaña i Bonhome, Casimiro Brugués i Escuder y Rafael Sáez Palacios, a través de los cuales intimó con los caminos de la ciencia experimental. La «Sociedad Farmacéutica Española», ubicada en un caserón neoclásico de la calle Tallers —ante de ser vecina de *Els Quatre Gats*— permitió al escritor oscense colaborar durante sus años de estudiante en el *Boletín Farmacéutico* —cuyo secretario era Francisco Gelpí i Busquets— con artículos y relatos que revelan su fascinación por el progreso humano y la antropología de moderado corte positivista. Su voluntad de costearse los estudios y disponer de la independencia necesaria le llevaron a trabajar en la farmacia de Pompeu Gener (vivió en la misma calle de Gener, en Petritxol) y a través de estos vínculos aficionarse al complejo mundo del autor de *Literaturas malsanas*, y a proyectar sus intereses hacia la patología sociológica y artística finisecular, con lecturas de Cesare Lombroso y de Max Nordau. Sumada a su relación con Gener hay que ver su habitual asistencia al Ateneo, donde conoció la literatura francesa y las revistas que daban el tono de París: *Revue des Deux Mondes*, *Mercure de France*, *Revue Bleue*, etc. La Barcelona industrial, burguesa y cosmopolita le acercó a la crisis del naturalismo, el clamar del *Modernisme*, las exposiciones de pintura impresionista, las fiestas de Sitges, el teatro de Ibsen o Hauptmann, las artes prerrafaelitas —que resuenan en la cubierta de *Alma Contemporánea*— y al sólido mundo cultural de *L'Avenç* y *La Vanguardia*. La sensibilidad de Llanas Aguilaniedo, el raro del modernismo español, se fraguó en Barcelona.

El propio Llanas dio noticia del mundo barcelonés en una serie de artículos que vieron la luz durante 1897, algunos de ellos bajo el pseudónimo de «El viajero parlante». El personaje central de sus recuerdos es Pompeu Gener. En un artículo del 18 de enero (*El Porvenir*), comentando la fuerte impresión que dejan los olores en la emotividad, recuerda que «Pompeyo Gener, el opiómano autor de *Literaturas malsanas*, iba siempre provisto del frasquito de láudano para adormecerse tomándolo cuando bien le parecía, así llevaba yo el cloroformo, para aspirar y soñar, disfrutando lo indecible con aquellas vaguedades que sólo para mí tenían significación *nebulosamente clara*». Textos de este tipo presentan con la

máxima diafanidad el ambiente de decadentismo *fin-de-siècle* que rodeaba a Gener y que envolvió, en parte, la estancia barcelonesa de Llanas. En otros, su admiración por Gener es franca, si bien estima que su originalidad es muy relativa, pues su ideario está teñido —habla de *Amigos y Maestros*— de Paul Bourget, Jules Lemaître y Edouard Rod, los críticos franceses que abrieron fisuras en la fábrica de novelas naturalistas. La personalidad extravagante y genial de Gener se alumbra definitivamente con esta anécdota publicada el 19 de mayo: «Retirábase ya de madrugada y una vez en su casa proseguía excitándose con el alcohol en unión del sereno de mi calle (que era la misma suya) de quien siempre se hacía acompañar en tales casos, y al cual en los límites ya del desvanecimiento y de la turbación mental, se entretenía en explicar temas trascendentales de filosofía positivista».

Al margen de Pompeu Gener, el mundo intelectual y literario barcelonés encuentra en la pluma de Llanas una honda simpatía. Fascinado por las corrientes modernistas, en punto a arte y ciencia, no duda en sostener —y es pasaje recogido en *Alma Contemporánea*— que «Barcelona es, a mi ver (y conste que no soy catalán) mucho más modernista que Madrid (por lo menos modernista de acción) en cuanto a literatura y demás artes», adelantando enteramente las impresiones de Rubén Darío de finales de 1898.

En ese activo centro barcelonés —«es una sucursal de París en España»— convivió con Yxart, Casas, Rusiñol..., evocados en su balance del modernismo peninsular como literatos y artistas que «viven para el progreso, se instruyen y viajan, recogen, asimilan y expresan lo más nuevo que en estas materias da de sí el espíritu humano», mientras que en un artículo aparecido en *La Andalucía* (10-X) los describe como «espíritus cosmopolitas, abiertos ampliamente al comercio de ideas, trabajadores infatigables, modernistas hasta la médula».

Los ambientes artísticos y literarios barceloneses por los que Llanas deambuló, cual *flâneur* baudeleriano —el círculo de Sitges, el salón Parés, *L'Avenç*, el salón de *La Vanguardia*— son justamente celebrados en los artículos del 97 y en el capítulo «Evolución literaria de España» de su obra máxima, con el tino de ver en ellos la metáfora de Cataluña, revelando «al pueblo activo, progresista, en comunicación constante y sostenida con el extranjero de donde toma lo que conviene para el mejoramiento de sus condiciones de existencia, al propio tiempo que compite con él en los productos de exportación». Si el espíritu contemporáneo —la modernidad— de Barcelona había forjado la personalidad de uno de los modernistas hispánicos más exquisitos, era de justicia que Llanas Aguilaniedo rindiese a la ciudad el tributo de admiración, pleitesía y cariño que sus trabajos finiseculares respiran por doquier.

III. José Martínez Ruiz «Azorín»

En *Valencia* (1941), uno de sus dos excelentes libros de memorias (el otro es *Madrid*), escribe Azorín, a propósito de su relación con la vida pública: «El azar de las cosas me ha deparado la asistencia a los más diversos espectáculos de la vida política y de la vida social. En todo momento he asistido a tales concurrencias e intervenido en tales asuntos, no ya como actor, más o menos brillante —nada brillante, desde luego—, sino como espectador, que acaso tiene, sin que apenas le vea nadie, una sonrisa de desdén». En la amplísima producción azoriniana hay lugar para algunas obras relacionadas con la experiencia política: *El político* (1908) o *Parlamentarismo español* (1916) son buenos ejemplos. Pero junto a la vertiente de observador agudo de sonrisa desdeñosa y de sutil ironía, se da en Azorín la de viajero, en su doble dimensión de inventor del paisaje y de viajero-cronista, tal cual aflora en la serie «La Andalucía trágica» de *Los pueblos* (1903) o en esa pequeña obra maestra que es *La ruta de don Quijote* (1905). De este rango, junto con el de observador atento, participa la serie de trece crónicas periodísticas publicadas en el diario *ABC*, entre los días 31 de marzo y 21 de abril de 1906, y recogidas bajo el título de *En Barcelona* (1906), en las *Obras Completas* de Azorín.

Según el diario *ABC* del 30 de marzo, Azorín iba a Barcelona con la misión «de oír el pensamiento de las personas más salientes de Catalunya, la de recoger el estado de opinión de todas las clases sociales acerca de la cuestión catalana y la de reflejar en crónicas (...) lo que en Barcelona se piensa y se siente en estos momentos acerca de la cuestión política que está sobre el tapete». Para estas fechas, José Martínez Ruiz, el periodista radical de *El País*, *El Progreso*, *La Campaña*, *Vida Nueva*, *Juventud* y tantas otras revistas y periódicos finiseculares, se ha transformado definitivamente en el Azorín de los artículos de *España*, *El Imparcial* o *ABC*. El ademán rebelde y de regusto anarquista ha dejado paso, aunque el contrapeso sombrío de «La Andalucía trágica» atenúe el cambio, al cronista de amable escepticismo y al observador de cierta carga irónica que, tras fracasar en el empeño más querido de su juventud y para el que contó en 1900 con una recomendación de Clarín —escribir de modo fijo en *El Imparcial*—, ha conseguido ser colaborador con sueldo estipulado en las páginas de *ABC*, donde en las semanas inmediatamente anteriores a la serie *En Barcelona* venía publicando otra serie, *Impresiones parlamentarias*, que, a menudo, recuerda, por el discurso satírico, al propio Larra.

En el equipaje del «modesto observador» —tal es su autocalificación— que se traslada a Barcelona en la primavera de 1906 van amalgamadas

varias cuestiones previas. Al margen de los guiños políticos que Azorín depara ya a Antonio Maura frente al gabinete Moret, dos cuestiones embargan al viajero: el fenómeno político de *Solidaritat Catalana* resultado del fenómeno social del catalanismo, y la reacción contra la ley de jurisdicciones, motivada precisamente por la caricatura del *Cu-Cut*, y como respaldo del ataque de un grupo de oficiales del ejército a los locales de dicho semanario satírico y de *La Veu de Catalunya*. Azorín seguramente no participaba del entusiasmo y de la pasión regeneradora de Unamuno, quien le había escrito el 3 de diciembre de 1905 exhortándole a la protesta por la salvajada de los oficiales de Barcelona: «Ante ese vergonzoso estallido de antipatriótica patriotería en que por vil adulación al sable —y no por otra cosa— ha estallado esa prensa de cobardía y de mentira, en vez de protestar del motín oficialesco de Barcelona, ¿qué hace esa juventud que se unió para protestar de una cosa literaria?». Desde luego que Azorín no pondría el empeño y el tesón de la protesta literaria de meses antes, con oportunidad del homenaje nacional a Echegaray, pero, en cambio, estaba usando de la ironía y de la sátira en las columnas de *ABC* (21 y 22-II-1906) para, con método heredado de Larra y Clarín (dos de sus devociones) ridiculizar y atacar el proyecto de ley de jurisdicciones, haciendo equivaler la representación de España con el casticismo más vacuo y estéril: «Esta es la razón que tenemos nosotros para pedir que cualquier señor diputado de la nación presente en la Cámara una enmienda al art. 3º del proyecto que se discute, y exprese en esta enmienda que sean perseguidos y castigados cuantos vejen, injurien o menosprecien el cocido, la capa, los toros y la navaja».

En consecuencia, el viajero que se hospeda en un hotel mediano del ya dibujado *ensanche* barcelonés el primero de abril, no es un observador frío y distante —como decía D'Ors en el *Glosari* de 1906, y, preciso es decirlo, a propósito del viaje de Azorín a la capital catalana, que no debía ser el viajero que pretendiese entender las cosas—, sino un observador fervoroso que de inmediato va a trasladar a sus lectores, bajo el manto de un análisis imparcial, su discreta admiración por la Catalunya burguesa y por la activa Barcelona modernista. El *enlluernament* de Azorín es lacónico y abnegado en sus palabras —como sostenía D'Ors debía serlo el viajero que huye del dato aparente y capta la esencia de lo que ve y conoce—, pues las cede a sus interlocutores: Jaume Carner, Prat de la Riba, Puig i Cadafalch, Miguel de los Santos Oliver, Domènech i Montaner, Roca i Roca, Eusebio Corominas, Lerroux y Junoy. O bien, el *enlluernament* se reconoce en el primor con que describe la urbanidad de las señoras o la comodidad de las viviendas. Lástima, no obstante, que de Oller sólo recuerde su nerviosismo y, sobre todo, que de Maragall únicamente nos trasmita estas

palabras: «el exquisito, el sutil poeta, que escribe crónicas de una tan elevada idealidad». Años más tarde, en *Andando y pensando (Notas de un transeúnte)* (1929) le rendiría un impecable homenaje, que habría de prolongar en una breve y precioso ensayo de 1943, amén del recuerdo emocionado que le dedica en *Madrid* (1941).

Azorín —lo escribió en varias ocasiones— está convencido de que Cataluña es la puerta a Europa de la España Moderna. Entusiasta de la cultura francesa, la Cataluña de 1906 se le ofrece como la paulatina vía de penetración del romanticismo, el naturalismo, el impresionismo, etc. Su simpatía alcanza tanto al tráfago incesante de las calles barcelonesas —«el estrépito de los coches, de los gritos de los vendedores, de los tranvías, de la muchedumbre que discurre por la ancha Rambla»— como al «inmenso panorama de oteros, colinas, altozanos y recuestos» que divisa desde Montserrat, donde todo es «esquividad, silencio y paz».

No sorprende que Azorín busque información para sus impresiones barcelonesas, que giran en torno a la reciente formación de *Solidaritat Catalana* («la concentración de fuerzas más amplia y poderosa nunca vista en Cataluña», según Raymond Carr), en políticos o directores de periódicos. Lo que sorprende es que, al margen de la faceta política de Domènech i Montaner y Puig i Cadafalch, fije su atención en dos arquitectos. La razón de este interés reside en el espíritu renacentista de sus personalidades: estableciendo un paralelismo entre Barcelona y las ciudades italianas del XV, Azorín ve, en cada uno de los grandes arquitectos modernistas, al «hombre enciclopédico, sintético, que reunía en sí todo el espíritu de la ciudad y era como el timonel espiritual de esta nave en que todos marchaban»; estos arquitectos han trazado la orientación estética de la ciudad y han contribuido a la formación del carácter ciudadano. Son, en certera imagen azoriniana, los hombres-troqueles, los hombres-diapasones de la ciudad de Barcelona. Estos poetas de la piedra son «los creadores más fuertes de este espíritu que envuelve a la gran ciudad».

En Barcelona es además de la expresión más cabal del entusiasmo de Azorín por la ciudad, un conjunto de impresiones donde «la templaza del arte de Azorín» (Ortega *dixit*) alcanza los detalles triviales y el breve retrato revelador: Roca i Roca, «valiente luchador» desde *La Campana de Gracia*; Corominas, «grave e íntegro» en *La Publicidad*; Oliver, «frío y profundo» en el *Diario de Barcelona*, periódico en el que Azorín colaboraba regularmente desde 1905, mientras que a partir de 1910 lo haría en *La Vanguardia*; Domènech, «el reflexivo»; Puig i Cadafalch, «enérgico y cultísimo»; Prat de la Riba, «el espíritu más profundo, más intenso, que hemos encontrado nosotros en el regionalismo»... Este *maximus in minimis* —que también dijo Ortega— del arte azoriniano, transparenta simpatía,

cordialidad y admiración contenida por la vida social, política y cultural barcelonesa, significada, en la escritura de los primores de lo vulgar, ora en «el claro mirador de cristales» de la casa de Prat de la Riba en Vallvidriera, ora en «los espléndidos platos de una antigua vajilla» de la casa campesina, «tan sobria y cómoda, que un lord inglés encontraría irreprochable», de los señores Güell. El discreto encanto de la burguesía barcelonesa había impresionado vivamente a Azorín, quien, ya de vuelta en Madrid, escribe una última crónica confesando que los días barceloneses «no se borrarán jamás de nuestra memoria».

IV. Pío Baroja

«En Baroja es la cristallisació literaria del fons de l'ànima espanyola, descregada y pessimista, com l'ànima d'un patrici arribat a la vellesa y a la penuria després d'un viure violent, dilapidador y llibertí». Estas líneas proceden de un artículo sin firma —*Les paradoxes den Baroja*— aparecido el 21 de diciembre de 1909 en *El Poble Catalá*, diario que inspiraba Pere Corominas, y en el contexto inmediatamente posterior a las elecciones municipales barcelonesas del 12 de diciembre, que habían supuesto un triunfo de las filas radicales, en las que militaba Pío Baroja, quien rápidamente contestó en el madrileño *El País*, desplegando los alfiles lerrouxistas frente a las izquierdas nacionalistas, en una partida posicional que habría de culminar en el discurso *Divagaciones acerca de Barcelona*, que Baroja leyó durante su estancia barcelonesa de marzo de 1910.

Cuando el gran novelista vasco se adhiere, en el otoño de 1909, al Partido Republicano Radical, su relación con Barcelona y la cultura catalana es ya sumamente compleja, y el breve matrimonio de este adalid del criticismo pequeñoburgués español con Lerroux, acentuará el tono crispado de la dialéctica. Dialéctica que había iniciado el propio Baroja con un largo artículo, rotulado «El problema catalán. La influencia judía», aparecido en *El Mundo* (15-XI-1907) en el fragor de la campaña que el diario de Santiago Mataix sostenía contra *Solidaritat catalana*.

El artículo, escrito en clave humorística, transparenta una ruda desfachatez. Parte de una doble anécdota: los comentarios que de varios artistas catalanes (Vives, D'Ors...) Baroja escuchó en una de las habituales tertulias madrileñas, y las confidencias que le hicieron Junoy y Agulló durante la estancia barcelonesa de abril de 1906, cuando el novelista —camino de Italia— se encontró con «Azorín haciendo una investigación acerca de la política catalana». El anecdotario le revela que el odio de los catalanes a España se debe a dos causas: el sentimiento de una nacionali-

dad frustrada y la procedencia semita. El desahogo barojiano, arbitrario y aberrante, advierte componentes judaicos amalgamados en sangre fenicia en la literatura de «absoluta banalidad» de Rusiñol, en el quehacer «hábil, habilísimo, conocedor de su oficio, pero absolutamente epidérmico» de Ramón Casas, o en el teatro de Iglesias, «siempre blando, llorón, sentimental y con una rebeldía ñoña y un sentido plebeyo». El irritante Baroja —que mereció la réplica de Josep Carner en *La Veu de Catalunya* y la de Jaume Brossa en *España Nueva*— se convertía en el descalificador más injusto del *Modernisme* barcelonés, contraviniendo sus propios juicios de 1900 en el rotativo barcelonés *Las Noticias*, y del catalanismo, al que, ahora, reduce a un problema de sentimientos y a un fermento activo «que podría ser útil si el resto de España tuviera fuerza y vigor».

El rebelde escritor vasco, a quien nunca sedujeron el laurel ni la percalina, se dejó seducir por Lerroux, y cuando vuelve a Barcelona en la Semana Santa de 1910 (había viajado también en febrero del año anterior), viene acompañado de las resonancias que su artículo *Los Argonautas*, aparecido en *El País* (25-XII-1909) había producido en la intelectualidad barcelonesa. El artículo es un juicio destemplado de algunos intelectuales barceloneses, aquéllos que Baroja recuerda llegando a Madrid a principios de siglo, precedidos de un prestigio que «los ponía en los cuernos de la luna», y que al joven de «barba de panocha maiciega que subraya la expresión inteligente del rostro nórdico» (según Almagro San Martín le retrata en su *Biografía de 1900*), se le figuraron «los argonautas de la intelectualidad, cerniéndose sobre la desolada y poco espiritual meseta castellana». Pere Corominas, Marquina, Brossa y Gabriel Alomar son «los argonautas del género full», contra los que Baroja despotrica, para de inmediato subrayar que «el único que entre todos ellos se destaca por su sencillez, por su modestia, por su talento real es Juan Maragall». Finalmente Baroja aconsejaba a los argonautas echar una mirada alrededor para ver cuánta «gente que da el timo literario y el filosófico» hay entre ellos.

Con estos antecedentes y el fervor político del radicalismo barcelonés como decorado, Baroja llega a Barcelona en la lluviosa mañana del 20 de marzo, acompañado de Alvaro de Albornoz y Rafael Salillas. En la estación de Gracia les reciben Hermenegildo Giner de los Ríos, Emiliano Iglesias y Lerroux («Lerroux me invitó a ir con él a la capital catalana», recuerda Baroja en sus *Memorias*). El motivo de la visita era —como el propio novelista señaló en su intervención en el acto multitudinario del Partido Radical en un tinglado del muelle de la muralla, próximo al «Mundial Palace»— saludar en nombre de los radicales madrileños a los fieles de Lerroux, a quien demagógicamente comparó con «un nuevo San Jorge con el pie sobre la vieja arpía del clericalismo, que tiene las uñas

clavadas en España y el alma atrofiada en Roma». Las actividades de la gira política de Baroja se sucedieron con ritmo frenético: visitas a los Centros Radicales, al Casino de la Barceloneta, la Fraternidad y el Ateneo del Poble Sec, el Ateneo Obrero de Hostafrancs, la Unión Radical Graciense, etc.; almuerzo —en el Tibidabo— con Soledad Villafranca, inspiradora real de su novela *La dama errante* (1908); desafíos de *El Poble Català* y *La Publicidad* para que Baroja intervenga públicamente; y, por último, su intervención en la noche del Viernes Santo (día 25) en el salón de actos de la Casa del Pueblo, años después recogida en el volumen *Divagaciones apasionadas* (1924).

Baroja leyó su conferencia ante un público que, según la inequívoca y sesgada reseña de *La Veu de Catalunya*, estaba compuesto por «l'estat major de sembradors d'odis de classe, la joventut rebelde, que té per programa gloriós destruir, robar, cremar, matar (...), els professors d'energia que fan l'apologia del browning, els mestres i deixebles de la Escola Moderna». Público afín al lerrouxismo al que, bajo el estandarte de la Ciencia, el autor de *César o nada* (novela, por cierto, sólo explicable desde este contexto) anima a transformar radicalmente el porvenir de Cataluña y el de España, porque «Cataluña es, hoy por hoy, un pueblo grande, que no ha encontrado los directores espirituales que necesita», a la par que exalta el valor destructivo de la crítica, capaz de minar el prestigio y la fama de «estos geniecillos pedantescos, estos Lloyd Georges de guardarropía», que, a su juicio, pretenden dirigir la actividad política y el mundo intelectual catalán.

Con peligroso ademán antihistoricista —«la Historia es traidora, la Historia es reaccionaria»—, Baroja combate el catalanismo (bien que a salvo el nacionalismo español), negando los hechos diferenciales y menospreciando la intelectualidad y el entorno artístico y cultural barcelonés de corte nacionalista, incidiendo en argumentos que ya había utilizado en los artículos de los años 1906 y 1909. «A mí, Cataluña me da la impresión de ser casi más española que las demás regiones españolas», afirma.

Para consolidar esta opinión, consonante con la ideología del radicalismo, separa tajantemente la Barcelona burguesa de la popular y obrera. La ciudad le parece exuberante, cosmopolita, «extraordinariamente española», y conocida en el mundo «por el ansia de ideal de su población proletaria» y no por los productos híbridos de la intelectualidad catalanista, en los que «se huele a Emerson y a Carlyle, a Nietzsche y a Ruskin». La vitalidad del pueblo se manifiesta en su cultura, su espíritu social y su instinto de renovación; la «docena y media de escritores y periodistas» que constituyen la intelectualidad catalanista son, en la pluma barojiana, «como oficiales poltrones de un ejército admirable». De ello se desprende

una Barcelona dual: «Barcelona, que, por su aspecto, por su sentido colectivo y por su población obrera, es una gran ciudad, es, por sus intelectuales, por sus genios catalanistas, de una mezquindad bastante grande, de una cursilería bastante pintoresca».

Idéntica dualidad establece en la arquitectura y el urbanismo barceloneses. Baroja desprecia la arquitectura *nacional* de la época del *Modernisme* por «aparatoso y petulante», así como las nuevas calles y avenidas del ensanche frente a la densidad popular y a «la personalidad imborrable e inconfundible» de las Ramblas. También traslada esta contraposición a la industria, donde el obrero tiene «un fondo social que no tiene el resto de España», mientras el capital catalán, «como el capital de toda España, no cumple la misión que debiera cumplir».

Baroja, con un pensamiento oscilante y en zigzag, había cumplido su cometido de ideólogo lerrouxista. El 26 de marzo, con «el front llord» y «la calba un poc obscena, com un seient» —según le retrata *Xenius* ese mismo año—, abandonó Barcelona. En agosto de 1911 dejaba el Partido Radical: «Lerroux quería aristocratizar y castellanizar el partido radical; yo pensaba que había que dejarle su carácter catalán, de blusa y alpargata», dejó escrito en un capitulillo de su *Juventud, egolatría* (1917).

Adolfo Sotelo Vázquez

Bibliografía

- GANIVET, ANGEL. *Correspondencia familiar (Cartas inéditas, 1888-1897)* (ed. Javier Herrero), Granada, Anel, 1977.
- GANIVET, ANGEL. *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid* (ed. Laura Rivkin), Madrid, Cátedra, 1983.
- GANIVET ANGEL. *Idearium Español/El Porvenir de España* (ed. E. Inman Fox), Madrid, Espasa Calpe (Austral), 1990.
- VALENTI CAMP, SANTIAGO. *Ideólogos, teorizantes y videntes*. Barcelona, Minerva, s.a. (pero, 1922).
- AZAÑA, MANUEL, *El Idearium de Ganivet, Obras Completas* (ed. Juan Marichal), México, Oasis, 1966, t. I, pp. 568-619.
- LAÍN ENTRALGO, PEDRO. *La generación del noventa y ocho*. Madrid, Espasa Calpe, 1947.
- LLANAS AGUILANIEDO, JOSÉ MARÍA. *Alma Contemporánea. Estudio de estética* (ed. Justo Broto), Huesca, Instituto de Estudios Alto-aragoneses, 1992.
- BROTO SALANOVA, JUSTO. *Un olvidado: José María Llanas Aguilaniedo*, Huesca, Instituto de Estudios Alto-aragoneses, 1992.
- MARTÍNEZ RUIZ «AZORÍN», JOSÉ. *En Barcelona, Obras Completas*. Madrid, Aguilar, 1975; t. I, pp. 800-825.

- ORTEGA Y GASSET, JOSÉ. *Ensayos sobre la generación del 98*. Madrid, Revista de Occidente, 1981.
- VALVERDE, JOSÉ MARÍA. *Azorín*, Barcelona, Planeta, 1971.
- BAROJA, PÍO. *Juventud, egolatria*, Madrid, Caro Raggio, 1917. En *Obras Completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1976²; T. V, pp. 155-228.
- BAROJA, PÍO. *Divagaciones apasionadas*, Madrid, Caro Raggio, 1924. En *Obras Completas*; t. V, pp. 491-567.
- BAROJA, PÍO. *Memorias. Desde la última vuelta del camino*, *Obras Completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1978; t. VI, pp. 387-1.364.
- D'ORS, EUGENI. *Obra Catalana Completa. Glosari, 1906-1910*, Barcelona, Selecta, 1950.
- ALONSO, CECILIO. *Intelectuales en crisis. Pío Baroja, militante radical (1909-1911)*, Alicante, Instituto Juan Gil Albert, 1985.
- SOTELO VÁZQUEZ, ADOLFO. «Pío Baroja en 1901», *Bulletin Hispanique*, 92 (1990); pp. 857-880.